

Año Mundial de la Comunicación

CON PENAS Y SIN GLORIA

Héctor Schmucler
UAM-Xochimilco/ILET
México

El Año Mundial de las Comunicaciones, celebrado durante 1983, pasó sin gloria. Pero sí con penas. A diez años de la reunión de los Países No-Alineados¹ en Argel, en la que por primera vez se reivindicó colectivamente el tema de las comunicaciones como parte de la lucha anticolonial; y a siete años de la "Conferencia de San José",² donde se proclamó la conveniencia de políticas nacionales de comunicación para América Latina, 1983, señalado por la comunidad internacional para celebrar la buena voluntad de las naciones en pro de un orden más justo en el campo de los intercambios comunicativos, mostró la pobre realidad de una ilusión con porvenir incierto.

Esbozado hacia finales de la década de los sesenta, el debate internacional sobre el tema fue definiendo, con los años, un nombre propio: Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación; estableció un escenario privilegiado: la UNESCO; y consolidó un marco de referencia intelectual con el informe de la Comisión McBride.³ También se fueron delimitando los enemigos, claramente encabezados por los Estados Unidos. No fue tan ruidoso, en cambio, el campo de los "amigos", imposibilitados (o incapaces) de otorgar al concepto los rasgos semánticos que permitieran una coincidencia más o menos precisa y que estimulara

¹ En septiembre de 1973 se realizó en la capital de Argelia la Cuarta reunión de jefes de Estado o de Gobierno de los Países No Alineados. En su declaración final se sostenía, entre otras cosas, que "los países en vía de desarrollo deben emprender una acción concertada en el campo de las comunicaciones" (. . .) "legado de un pasado colonial". En consecuencia, se señalaba como meta destacada de la acción de los No Alineados "la reorganización de los actuales canales de información".

² Entre los días 12 al 21 de julio de 1976 deliberó en San José, Costa Rica, la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas de Comunicación en América Latina y el Caribe, convocada por la Unesco. Por vez primera una reunión de representantes gubernamentales de una región aprueba recomendar la constitución de Consejos Nacionales de Comunicación, así como la promoción de una plataforma conceptual para el desarrollo de políticas de comunicación en los países del continente. Es posible que esta reunión hubiera tenido menos repercusión de no mediar las virulentas reacciones de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) y la Asociación Interamericana de Radiodifusión (AIR).

³ *Un solo mundo, voces múltiples*, Comunicación e información en nuestro tiempo, Unesco-Fondo de Cultura Económica, México, 1981.

una acción congruente con los objetivos que se pretenden buscar.

En los días que corren la reflexión debería reconocer esta historia para encontrarle algún sentido: nada autoriza la euforia; tampoco el vano pesimismo. Algo sustantivo hemos aprendido durante estos años: no existe otro camino que el de la decidida búsqueda y difusión de la verdad para poder imaginar con coherencia nuevas posibilidades en un mundo que parece amenazado por la hecatombe material y espiritual. De nada sirve el disimulo de la realidad, aun cuando el ocultamiento esté al servicio de objetivos generosos.

Los artículos que componen este número de *Comunicación y Cultura* aportan datos y señalan tendencias: ningún debate podría prescindir de tener en cuenta los estimulantes primeros pasos de la Agencia Latinoamericana de Servicios Especiales de Información (ALASEI), ni el significativo viraje que marca el desplazamiento del eje de discusión desde el espacio cultural de la UNESCO al estrechamente tecnológico de la Unión Internacional de Telecomunicaciones (UIT). Es insoslayable incluir en el debate contemporáneo la nueva realidad "comunicativa" determinada por las tecnologías telemáticas, los juegos económicos y geopolíticos a los que estas tecnologías sirven, así como los conflictos representados por el flujo de datos transfronteras. El viejo tema del desequilibrio informativo entre los países —condicionado por el predominio de las agencias transnacionales de prensa— si bien sigue vigente, es, por lejos, sólo un elemento más (y tal vez el menos relevante) de los que hoy podrían describirse cuando se trata del problema de la comunicación. El conjunto de los trabajos que recoge esta entrega No. 11 constituye una puesta al día de calidad poco frecuente; aun por las diferencias que se descubren entre ellos y que establecen sesgos no siempre coincidentes. En consecuencia, es relativamente obvio repetir que sería infundado ver en los contenidos firmados posiciones asumidas por la revista.

Si alguna vez aglutinó esperanzas y se destacó como bandera, es preciso reconocer que en 1983, cuando apenas aspiraba a tener la fuerza suficiente como para dar los primeros pasos, el Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación se debatía agónicamente entre contradicciones e incoherencias, entre indefiniciones y expresiones piadosas de buena voluntad. Es riesgoso decirlo, pero no nos queda demasiado tiempo para la ambigüedad: la crisis del NOMIC pone en evidencia la crisis de un modelo de entender el mundo donde parecía existir algo homogéneo que se llamaba Tercer Mundo; donde parecía posible reconocer un pensamiento que hilvanaba aspiraciones comunes bajo la denominación de "progresismo" y que se oponía a otro recorte posible ordenado en torno a lo "reaccionario"; donde un conjunto de soluciones propiciadas por la denominada izquierda se mostraban como reemplazo eficaz y justiciero al statu quo defendido por la derecha. Si prescindimos de chantajes intelectuales, deberíamos reconocer que ese andamiaje está, por lo menos, en un equilibrio inestable.

El anuncio de Estados Unidos de que a partir de 1985 dejará de pertenecer a la UNESCO, con el consecuente retiro de su significativo aporte económico, debería ser una buena ocasión para recapitular (es decir, reordenar) la historia que culmina con este insólito hecho. Sería legítimo, pero sospechosamente fácil, se-

ñalar que se trata de un nuevo acto de soberbia imperialista que muestra un rostro descaradamente franco bajo la administración Reagan. Una afirmación semejante vendría avalada por la hostilidad que mostró Estados Unidos desde que el tema del “desequilibrio” de la información comenzó a ser motivo de discusión en los organismos internacionales.

En los primeros años de la posguerra, la teoría del “libre flujo de información”, consagrada por las Naciones Unidas con el voto unánime de sus miembros, había dado cuenta de la emoción antinazi que dominaba a los triunfantes aliados: en 1948, la Asamblea General aprobaba un proyecto de convención sobre libertad de información. Una década después los debates sobre el tema encontraron un lugar específico en la UNESCO, cuando los países del Tercer Mundo comenzaron a ser mayoría en este organismo. Dos décadas más tarde, en 1978, otra vez se logra el voto unánime en la asamblea de la UNESCO para un pronunciamiento sobre los medios masivos de comunicación en la que se los instaba a evitar toda incitación a la guerra, al racismo y al odio entre las naciones.

Mientras tanto, con menos satisfacción para Estados Unidos y algunos de sus aliados, la consigna del libre flujo de la información se iba transformando en “flujo libre y equilibrado”. Propugnar el “equilibrio” dejaba la puerta abierta a la regulación, y la regulación al control: palabra clave en la que centran su argumento los países opuestos al giro que tomaba el debate internacional. Ninguna injerencia estatal —sostenían— es tolerable cuando se habla de la circulación de la información. Luego vino la comisión McBride y el Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación legalizó su presencia en el gran foro cultural de las Naciones Unidas. Al menos en este campo el Tercer Mundo se mostraba triunfante y el bloque encabezado por Estados Unidos parecía tener que aceptar la realidad de una mayoría de naciones que determinaban un nuevo juego de fuerzas.

Sin embargo, cuando se agotaba la hora de las declaraciones enfáticas, a Estados Unidos no le iba demasiado mal. Cuando las palabras debían dar paso a los hechos, los países partidarios del NOMIC mostraban la fragilidad de sus acuerdos. El Programa Internacional para el Desarrollo de las Comunicaciones (PIDC), consecuencia concreta del aprobado nuevo orden, facilitó las soluciones tecnológicas estimuladas por los Estados Unidos. Pero lo significativo de esta verificación no radica en el éxito norteamericano, sino en que muchos de los países que propiciaban un cambio en el esquema comunicativo, en realidad, no reclamaban otra cosa. Más que un nuevo orden, parecía que todo el esfuerzo se dirigía a ampliar el viejo orden, reproduciéndolo en todas partes. En el debate sobre el NOMIC —subrayan Armand Mattelart y otros autores—⁴ no aparecieron los problemas de fondo: “la verdadera naturaleza de la transnacionalización, la transferencia de los modelos de comunicación, la redefinición del papel del estado en los años 80”. Los países del bloque socialista apoyaron la propuesta del Nuevo Orden tardíamente, temerosos de cualquier injerencia externa sobre el control

⁴ A. Mattelart, X. Delcourt, M. Mattelart, *La culture contre la démocratie?*, La Découverte, París, 1984.

que sus estados ejercen sobre los medios de comunicación. Los países del Tercer Mundo con regímenes autoritarios no eran los idóneos para propugnar soluciones que alentarán cambios cualitativos tendientes a democratizar los procesos comunicativos en el interior de sus sociedades. Las propuestas tecnológicas dejaban incambiadas las carencias sustantivas; más aún: permitían reforzar las tendencias verticalistas dominantes. Paradójicamente, las aparentes víctimas de la prepotencia imperial terminaron reclamando más de lo mismo que los oprimía. Hacia finales de 1982, el director de la agencia Inter Press Service destacaba los límites de la cuestión: “El verdadero problema no radica en la transferencia cuantitativa de capacidades de información del Norte al Sur. Consiste más bien en crear nuevas corrientes de información con contenidos, protagonistas, prioridades y necesidades ausentes del flujo actual (. . .) El problema es pues cualitativo y no cuantitativo”.⁵

¿Cómo explicar entonces el retiro de la UNESCO por parte de Estados Unidos? Henri Delahaie intenta una interpretación:⁶ “La decisión norteamericana se produce precisamente en el momento en que el nuevo orden se encuentra en una fase crítica: o se limita, en el mejor de los casos, a promover la transferencia de tecnologías de la comunicación hacia los países del sur; o logra imprimir su sesgo a las reglas internacionales y para ello promueve el estudio de temas como el derecho a comunicar, la responsabilidad de los comunicadores, la democratización de la comunicación, los códigos de conducta, etcétera.” Estos temas —señala el articulista de *Le Monde*— están incluidos en el presupuesto de la UNESCO para 1984-85 y constituyen la razón por la cual Estados Unidos rechazó el proyecto de presupuesto, según declaraciones del director de la USIA.⁷ El retiro de los Estados Unidos tendría como objetivo, pues, presionar al organismo internacional para que persista en la primera opción.

Pero ¿quién, francamente, estimula la otra? Es verdad que son numerosas y frecuentes las voces que se levantan en diversas partes del mundo —América Latina tiene un lugar destacado en ese coro— para reclamar cambios radicales que no sólo “alejen” el tema de la comunicación a zonas internacionales, sino que los enraicen en las circunstancias locales. Sin embargo, esas voces, razonables y repetidas, están marginadas de los poderes reales. Corresponden casi siempre a intelectuales y a veces a políticos y dirigentes sociales; difícilmente a quienes toman las decisiones de trascendencia. Con frecuencia resulta cómodo a los regímenes represivos del Tercer Mundo ubicar el origen de sus problemas más allá de sus fronteras. Lo “malo” siempre es externo: mecanismo encubridor que intenta suprimir la observación del propio cuerpo social. La denuncia que los países del Tercer Mundo ejercen contra la prepotencia exterior, ampliamente justificada, suele pasar por alto el hecho, también evidente, de que muchos de sus gobiernos han impuesto férreos autoritarismos.

⁵ Roberto Savio, “Comunicación y desarrollo en la década de los 80”, Roma, *IPS Newsletter*, número 10, diciembre 1982 (cit. en A. Mattelart et al., *op. cit.*).

⁶ Henri Delahaie, “Le veto américain à l’UNESCO”, *Le Monde Diplomatique*, febrero de 1984.

⁷ Conferencia del director de la USIA en el Instituto Francés de relaciones internacionales, 27 de octubre de 1983 (cit. en Henri Delahaie, *op. cit.*).

Todo indica que ha pasado el tiempo de los acuerdos y la acción conjunta de hace algunos años. El trabajo coordinado de los países del Tercer Mundo por un orden más justo y equilibrado en la comunicación permanece más bien como resonancias de viejos dorados tiempos que como realidad vigente. Un tercer mundo que globalmente ve ensanchar su miseria y marginación, muestra rasgos crecientes de diferenciación interna: países que se enfrentan en guerras incesantes; naciones que se incorporan aceleradamente al modelo transnacional de desarrollo frente a otras que languidecen en la hambruna de sus habitantes; impotencia para sostener el papel de árbitro entre las grandes potencias que en algún momento habrían imaginado desempeñar. La brecha se expande: por un lado 700 mil millones de dólares anuales destinados a una carrera desbocada para construir sistemas mortíferos que sólo podrían ser usados en guerras inimaginables; por otro, las estadísticas del espanto que regularmente distribuyen las Naciones Unidas y otros organismos especializados: hambre y muertes evitables que aumentan en los países pobres, suicidios por desesperación que se multiplican en los países ricos.

Ante el apocalipsis que se insinúa sin grandilocuencia, las preguntas más sensatas participan del drama: ¿podremos evitarlo?, ¿es aún tiempo de inclinar el péndulo hacia el lado de la esperanza?, ¿existen otras opciones que nos permitan desandar el camino? Respuestas positivas no parecen posibles si se persiste en los rumbos actuales.

La amenaza de los Estados Unidos de retirarse de la UNESCO, penderá durante 1984 como un síntoma de desajustes muchos más profundos en el sistema internacional. El argumento económico es irrelevante: todo el aporte norteamericano, con significar mucho en el presupuesto de la UNESCO, no alcanza para comprar una sola de las sofisticadas máquinas de guerra actuales. Dispuesto a "poner orden" en el mundo, Estados Unidos actúa en la lógica de la "eficiencia" y las "realizaciones concretas" que hoy se asienta como ideología dominante en todas partes: de China y la Unión Soviética, hasta México o Francia. De allí es que resulte difícil oponer argumentos sólidos a los intentos norteamericanos de "saneamiento"⁸ a los que ya se adhirieron, por otra parte, casi dos decenas de países. En la óptica de las grandes potencias toda ayuda debe augurar un rédito político. Sería ingenuo pretender que Estados Unidos tolerara, voluntaria e indefinitivamente, estimular la existencia de un ámbito internacional donde se lo cuestiona, al menos verbalmente, con singular reiteración. Salvo que no tuviera otra posibilidad. Y, ya se ve, no es el caso.

Mientras tanto, la comunicación parece destinada a imponer un nuevo orden

⁸ Según indica *Fortune* del 22 de enero de 1984, la misión de Estados Unidos en las Naciones Unidas había efectuado, unos meses atrás, un estudio sobre las actividades de la organización mundial. Entre los datos obtenidos se cuentan los siguientes: "Las Naciones Unidas organizan unas 11 mil reuniones por año en Ginebra y Nueva York con un costo aproximado de 150 millones de dólares. También cada año el organismo mundial pone en circulación de siete a ocho mil informes en calidad de documentos oficiales. Para 1984, el presupuesto destinado a la impresión de documentos alcanzará 1,100 millones de dólares."

en las sociedades existentes en el planeta. Desde todos los horizontes, y cargada de presagios disímiles, se anuncia el advenimiento —la presencia— de una revolución industrial movilizadora por la informática electrónica. El mundo de mañana, se dice, será regido por sistemas de información complejos, de uso múltiple y de alcance planetario: imagen, sonido, datos, a través de canales únicos interconectando todos los puntos de la tierra y provenientes de casi todos los puntos del espacio. Cerebros que ayudarán a los seres humanos a utilizar mejor sus propios cerebros. ¿Ilusión totalitaria o realización de la utopía del hombre libre? ¿En-sueño de homogeneización transnacional que no considera las contradicciones sociales existentes y las nuevas contradicciones que estas tecnologías desencadenarán? Los vaticinios resultan indemostrables. La historia siempre se escribe después. Con todo, hoy se puede verificar que el nuevo orden de las computadoras destaca su presencia en todos los rincones, compartiendo su ilusión del futuro con la tosquedad del presente. Desinteresado de los debates sobre el Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación, este otro “nuevo orden” se desliza implacable. Los problemas de la comunicación más frecuentes parecen arrinconados. ¿No habrá llegado la hora de cambiar los temas de la discusión?